

ELOGIO Y PERFIL DE UN MADRILEÑO

Por JUAN SAMPELAYO

Reformador, crítico e historiador de nuestra Villa del Oso y del Madroño, fué este madrileño que se llamó don Ramón de Mesonero Romanos, al que ahora, cuando se proyecta un «gran Madrid» y tanto se habla del Madrid viejo, no puede olvidarse de manera alguna.

A este gran don Ramón, a quien si Rubén no le dedicó un soneto, como a su tocayo, fué porque el nicaragüense llegó a la villa cuando había muerto el madrileño, no le faltó tampoco el poeta:

*Al cronista de la villa
con pena y placer recuerdo,
pues para pintar fielmente
los hombres y los sucesos
de estos días hace falta
un don Ramón Mesonero*

que en versos muy donosos rindiera a su persona y a su obra el homenaje de un merecido recuerdo.

Gran madrileño aquel que aquí se nos presenta con su sonrisa de bondad y sus ojos claros tras los espejuelos de sus lentes. Gran madrileño este que puso cimientos al Madrid de hoy con sus reformas y nos dejó la mejor historia—la que todos deben de beber para escribir con tino—en cuanto al Madrid viejo se refiere.

Muy de joven, Ramón de Mesonero Romanos empezó a recorrer la villa y entonces corte y a saber de todas sus cosas grandes y también de las picardías de sus gentes. Y así, andando Madrid, lo conoció y, por tanto, lo amó, a la vez que se daba cuenta de que para los tiempos que corrían había que dar a las gentes que viniesen de fuera y a los madrileños mismos una historia de su ciudad, ya que los libros de Ponz, de Martínez de la Torre, de Andrés Sotos y de otros tantos estaban para él algo anticuados.

Y así, en un lapso de más de cuatro años, el joven Mesonero va leyendo libros y viejas *Gacetas*, recogiendo datos, los más de primera mano, lo que al cabo de aquel tiempo le permite escribir su *Manual de Madrid*, que con fecha de 10 de diciembre de 1830 presenta al Consejo de Castilla.

Pero frente a todo lo que representa un valor hay en todos los tiempos señores que se levantan con un viejo ánimo de entorpecimiento. Aquí es don Francisco Sáenz González, bibliotecario mayor del Consejo citado, quien en un «ojeo»—paulatinamente nos confiesa que no tuvo tiempo de leerlo—, ataca al libro del modo más despiadado que darse puede. Pero don Ramón conoce sus derechos y levanta un recurso de cuidada prosa, al que en 15 de abril de 1831 se le contesta «con el deseo de que cuanto antes se dé al público».

Frente a la censura del señor Sáenz González, los madrileños del 1832 agotan la obra en pocos días, y si no tenemos a la vista críticas periodísticas del *Correo Literario y Mercantil* y del *Diario de Avisos de Madrid*, sí, al menos, nos sale al encuentro al año siguiente, poco antes de la aparición de la segunda edición, un libro titulado *Madrid*. Indicaciones de una española sobre immoralidades y miserias presentes y su remedio, y el que, según nos dice esta española, que no es otra que fray Amado de la Merced, sale a la luz «al margen del *Manual de Madrid*».

Fray Amado, que cuenta en su obrita, hoy harta rara, muchas cosas llenas de curiosidad y donosura, y que en algunos puntos pide algunas cuentas a don Ramón, cuentas éstas que

más que nada son fuertes ataques a las clases altas, no le escatima por otro lado el elogio—si no fuera poco el de confesar el nacimiento de su libro por la redacción del *Manual*—, diciendo: «Benemérito español, no te conozco, pero te estimo en mucho por el valor singular de tu obra.»

De su obra se suceden las ediciones, y luego siguen otras en torno a Madrid, todas ellas encantadoras y llenas de erudición. Pero junto a su obra de historiador—se señala cual ninguna el *Manual*—está su labor en el Concejo matritense, para el que fué elegido por el distrito electoral de la Aduana en una candidatura en la que iba acompañado de don José Guibert, propietario y capitalista; don José Gaiza, propietario y administrador del *Heraldo*; don Nicolás Urtiaga, propietario, y don Pedro Farrugia, hacendado. Nuestro cronista figura como propietario y escritor público, y la candidatura, llena de nombres cuyos títulos son los de «hacendados y propietarios», nos hace suponer que era muy conservadora, aunque nada se nos dice y pese al tufillo republicano del administrador del *Heraldo*.

La labor de Mesonero en el Concejo es, ante todo, un proyecto de reformas de la villa, que, lleno de tino y de conocimientos, mereció los mayores plácemes y elogios de la Comisión de Obras de aquel Ayuntamiento del 1840 que presidía don Pedro Colón, duque de Veragua.

Aquel proyecto y luego los que al correr de los años don Ramón presenta en su afán de dar a Madrid una fisonomía más bella y más nueva, están llenos de cosas, conseguidas las unas, no logradas las otras. Larga tarea sería el reseñar las primeras, señalando la apertura de calles, la reforma de la numeración, el plantado de árboles, la apertura de mercados y tantas otras de las que con su perseverancia y trabajo le otorgan hoy en alto grado el título de reformador de este Madrid en que vivimos.

Muchas cosas hizo don Ramón por su Madrid, y entre todas aquellas señalemos una que a las artes toca y otra a las letras. La primera fué conseguir de la reina que se trajese desde la Casa de Campo a la plaza Mayor la estatua de Felipe III, debida a Pedro de Tacca; la segunda, que se diera a la vieja calle del Niño el nombre inmortal de don Francisco de Quevedo.

Muchas notas y datos podíamos seguir recogiendo de un lado a otro en torno al cronista de Madrid que no recibiera tal título hasta 1864, o sea

largos años después de publicar su *Manual*. De este cronista, historiador y reformador de nuestra villa, de quien tan pocas cosas—un par de monografías y algunos artículos—se ha dicho. Ahora, unas cartas cruzadas entre él y don Benito Pérez Galdós, publicadas bajo los auspicios de la Comisión de Cultura de nuestro Ayuntamiento, prologadas y anotadas por don Eulogio Varela, avivan el interés de su figura prócer, a la que debemos un homenaje.

¿Por qué este homenaje no lo toma sobre sí el Ayuntamiento madrileño, dándonos sus obras completas—agotadas totalmente—, o bien o si no al mismo tiempo una vida de don Ramón de Mesonero que podría muy bien escribir, con su talento y su cultura, don Eulogio Varela?

La vida de este madrileño lo merece, ya que, como nos dice Cotarelo, convirtió todo su vivir en este lema que debiera grabarse al frente de la primera edición que ahora aparezca de sus obras completas: «Todo por y para Madrid».

Este lema, que es orgullo suyo y deseo de que un día pueda serlo de todos los que pequeños discípulos suyos como él amamos a esta villa, «que no hay señor en el mundo que no tenga noticia de su grandeza».



Mesonero Romanos